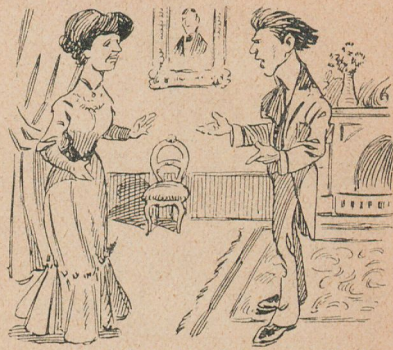




—¿Un peso nada más estos relojes?  
 —Es el precio de costo.  
 —¿Y dónde tiene usted la ganancia?  
 —En las composturas.



—¿Querrá hacerme el honor, señorita, de aceptar un pequeño recuerdo mío?  
 —Dispéñeme usted, caballero, pero mi mamá me tiene prohibido aceptar regalos de nadie, como no sea un objeto que carezca en absoluto de valor.  
 —Es una colección de mis poesías.  
 —¡Oh! Entonces, sí.



—Encuentro la casa demasiado cerca de la vía férrea. ¿No impide dormir el ruido de los trenes que pasan?  
 —Los primeros quince días, sí; pero después se acostumbra uno y ya no lo nota siquiera.  
 —Bien, pues le alquilo la finca; pero no vendré á vivir en ella hasta que hayan pasado los primeros quince días.



—¿Es cierto que Eduardo te ha dado un beso?  
 —Sí, papá; hice lo posible por rechazarle, pero no pude.  
 —¿Y cómo consiguió llegar á tu cara siendo él de tan baja estatura y tú tan alta?  
 —Porque yo me agaché.



—Me han dicho que emprendes un negocio en sociedad con Pérez.  
 —Sí; hemos firmado un contrato por tres años. El pone el capital y yo la experiencia.  
 —¿Y después?  
 —Después, será al contrario; él se quedará con la experiencia y yo con el capital.



—Mozo, en el plato me he encontrado una araña.  
 —Señor, cuando yo lo he traído no estaba.  
 —Pues mírela usted.  
 —Será que iría á cazar alguna mosca que hubiera en el plato.